El Ladrón de Recuerdos

Rubén Adail

**El Ladrón
de
Recuerdos**

Un relato corto de

Rubén Adail

Capítulo 1

1 de enero de 2014

Dime... ¿Cortó el frío del viento tu cara?, ¿qué sentiste cuando miraste el cielo por última vez? Tendremos que dejar lo nuestro para otra vida, ¿verdad?

Han decidido que te olvide.

Por vez primera en mi vida, estoy de acuerdo con ellos.

¿O no? No lo sé.

Mi estado es tan lamentable que no sé que quiero. Aunque creo que ya no puedo decidir por mí mismo. No hay vuelta atrás.

«Dime, ¿qué sientes ahora que no estás?»

He hecho tu maleta y te he guardado en ella. He conservado tu jersey azul de lana; ese que tenía un feo abeto cosido en el pecho y que odiaba que te pusieras. Todavía te puedo oler en el, te puedo oler en todo. ¿Qué sientes ahí arriba? ¿Hay alguien que sujeta tu mano como yo lo hacía? Sé que dicen que hay una vida tras de ésta, pero necesito que me des una señal. Necesito que me digas algo, lo que sea.

«Dime, ¿qué se siente la primera vez que se echa a volar?»

¿Por qué te has ido sin esperarme? ¿Por qué has roto nuestro juramento eterno? ¿Quién te ha dicho que hicieras lo que has hecho? ¿Quién había detrás de ti? Te has ido a buscar la noche eterna, esa que tanto miedo da y en la que juegan las sombras. ¡Cuéntame!, ¿te sientes mejor habiéndome destrozado? ¡Cuéntame por favor!, ¿ha sido fácil para ti desaparecer como un vulgar ilusionista en su mejor número de escapismo? He esperado que todo sea un truco y renazcas como el ave fénix. He esperado, paciente, a que vuelvas del mundo de los muertos.

«Dime, ¿qué se siente habiendo sido un ilusionista frustrado?»

Gracias a ti, mi vida ha perdido el sentido que tenía. Me he ido marchitando a una velocidad fulgurante. Ya no tengo fuerzas para continuar y ite juro! que si tuviera las agallas necesarias, saltaría con todas mis fuerzas, en dirección al cielo, para poder pasear contigo entre

las nubes.

¿Sabes? La muerte trae tras de sí una tumba, pero no has querido dejar una para mí. No me has hecho un último regalo. Decidiste que era mejor evaporarse con la espuma de las olas del mar.

«Dime, ¿por qué no me hiciste un último regalo?»

Has conseguido que vuelva a hacerlo.

¡Sí! ¡Es tu puta culpa! No se te ocurra decir lo contrario. He vuelto a hacer magia con mi nariz. He estado olfateando algún rastro que me hayas dejado escondido. Pero no he tenido suerte.

Mi desesperación por encontrarte ha sido tal, que he llegado a jugar con mis venas. Sostuve mí arco con firmeza y lancé, con gran puntería, la flecha de una quimérica felicidad.

Entonces ocurrió.

Se movieron zigzagueantes por toda la casa, intentando encontrarte en las sombras, pero sólo hallaron paredes, techo y suelo. Intenté dejarlas salir para siempre de mi cuerpo, con la esperanza de que ellas te encontrarían. Alguien, un amable desconocido, volvió a meterlas dentro y me las cosió.

Tenía miedo. Fui cobarde.

El mundo dice que me quede con los recuerdos que tengo de ti, pero no me bastan. No son suficientes y siento que es una absurdez vivir con tan solo un año de tu existencia. ¡Yo los quería todos! ¡Quería al menos cincuenta años más de ti! ¿Soy cobarde queriendo borrarte de mí? Contéstame, ¿soy cobarde si quiero eliminar todos los recuerdos que más daño me hacen? Tu cara, tu sonrisa y tus labios desaparecerán. Es cierto que ya no te puedo ver, pero los ojos me arden cada vez que te pienso.

Dime si soy cobarde ahora que ya no estás.

Te fuiste delante de mis narices. No me diste la oportunidad. Hasta el último momento no supe que ibas a hacer. Tan solo una maleta abierta y un montón de fotografías. ¡Eso me dejaste! A las 6:30 dijiste adiós. Tu corazón no me volvería a dar calor nunca más. Tus dedos, ni una sola nota, me volverían a tocar, y tu voz nunca me volvería a nombrar.

Jamás volveré a ser... ahora seré un fantasma.

Te escribo mis últimas palabras en este diario. El viejo libro de mi vida. Mi ladrón de recuerdos. Aquí descansarás. Aquí descansaréis todos. Detrás

de la gran puerta de este remoto lugar me espera el futuro; sí, un cómodo servicio para vender los recuerdos. Llevo mi estropeada mochila gris con apenas cuatro cosas; un pijama, mi gorra negra y roja del Manchester United, un nuevo cuaderno que rellenar, algunas fotos y el reloj que mi padre me regalo en mi decimoctavo cumpleaños. La esfera está rota y aún marca las 6.30. Dentro de poco, no significará nada.

Jamás volveré a ser...ahora seré un fantasma.

Hasta siempre.